

Los lenguajes de la fe. El credo: objetivación de la fe y expresión de comunión*

*Gabino Uríbarri Bilbao, S.J. ***

Resumen

“El credo es muy bueno, pero no sirve para consagrar”. Esto decía con mucho sentido común un compañero jesuita. Pone de relieve la importancia del credo, a la vez que señala sus limitaciones. El año de la fe convocado por Benedicto XVI nos brinda una ocasión propicia para profundizar en algunos aspectos más significativos del credo. Estructuro esta contribución en forma de respuesta a cuatro preguntas sencillas: ya que hablamos del credo, ¿qué es creer?, ¿cuál es el origen del credo en la fe cristiana?, ¿para qué sirve el credo?, ¿cuál es el contenido principal del credo?

Palabras clave: fidelidad, aclamación, fórmula de fe, regla de fe, comunión.

1. Creer es entregar el corazón

Los credos que mejor conocemos son los dos que están previstos para recitar durante la celebración eucarística, que vulgarmente se conocen como el “largo” y el “corto”. Son dos credos muy importantes. Si nos fijamos en su primera palabra, ambos empiezan con la expresión “creo”. En la liturgia bautismal el credo posee una forma interrogativa, que es más primitiva que la declarativa o enunciativa. Lo mismo sucede en la vigilia pascual. Allí, quien preside pregunta a la asamblea por tres veces: “¿creéis?” En otros credos se dice en plural “creemos”. Así se expresa la dimensión comunitaria: quien transmite y sostiene la fe es la Iglesia,

* Este artículo ha sido tomado de la revista *Sal Terrae Revista de Teología Pastoral*, abril 2013, Tomo 101/4 (N° 1.177).

** Decano y profesor de la Facultad de Teología de la U.P. Comillas, Madrid. <guribarri@teo.upcomillas.es>

la comunidad. Al entregarnos al credo, se nos da el corazón de la fe. El aspecto comunitario, “creemos”, se articula con el personal, “creo”. El primer paso que se impone para entender el credo es aclarar mínimamente en qué consiste creer.

Según la etimología, el verbo castellano “creer” procede del latín *credere*. Las consonantes son las que almacenan y transportan el significado de las palabras. Las consonantes de *credere* son las mismas que encontramos en *cor dare*: entregar el corazón¹. Por lo tanto, creer se refiere básicamente a entregar el corazón, entregar el alma, entregar la vida. El acto de creer consiste radicalmente en depositar en alguien el corazón, la confianza. Evoca una de las oraciones más emblemáticas del pueblo de Israel: “Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es solo uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas” (Dt 6, 4-5).

Si dejamos el castellano y el latín y nos pasamos al griego, creer se dice con el verbo *pisteúo*. Este verbo significa básicamente “creer en, fiarse, tener fe, confiar, tener confianza”². Resulta interesante que en su uso en el NT se entremezclan mucho el verbo, “creer”, con el sustantivo “fe” (*pístis*)³. Creer es un ejercicio de la fe. Es más, se vincula también con *pístós*: fiel, fiable, creíble, que despierta confianza. Resulta que con el verbo, creer, y el sustantivo fe, se “describe la recta relación con Dios”⁴. Así, al aspecto de confiar hemos añadido de un modo más expreso el de encontrar aquello que es confiable, fiable, digno de crédito.

La raíz hebrea *’mn* tiene un gran interés, pues corrobora lo que venimos exponiendo⁵. Su contenido principal es: “firme, seguro”. De ahí todas las acepciones con las que se asocia. Así, en

¹ R. DE MIGUEL, *Nuevo diccionario latino-español etimológico*, Madrid, 1924, propone una etimología: *quasi cretum-do*: doy por visto.

² A.A. GARCÍA SANTOS, *Diccionario del griego bíblico: Setenta y Nuevo Testamento*, Verbo Divino, Estella 2011.

³ Para lo que sigue sobre el NT, H. BALZ – G. SCHNEIDER (eds.), *Diccionario exegetico del Nuevo Testamento II*, Sígueme, Salamanca 1998.

⁴ *Ibid.*, cols 944 y 945.

⁵ Cf. H. WILDBERGER, *’mn*, en E. JENNI – C. WESTERMANN, *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, I, Cristiandad, Madrid 1978, 276-320; L. ALONSO SCHÖKEL – V. COLLADO, *Diccionario bíblico hebreo-español*, Trotta, Madrid 1994.

nifal, que es como una especie de voz pasiva, significa, según el diccionario de Alonso Schökel, “ser firme, resistente, sólido, consistente”. Así pues, la idea central es la firmeza, la fidelidad, la lealtad. A partir de aquí se entiende que con esta raíz se exprese a la vez la fidelidad y la verdad. Porque lo verdadero no cambia, sino que ofrece una solidez y una resistencia sobre la que uno se puede sostener. No extraña, pues, que para el AT Dios destaque por su fidelidad: por ser de fiar y ser verdadero, por ser alguien en quien se puede depositar la confianza sin temor a quedar defraudado. Esta misma raíz en *hifil*, que es un tiempo verbal causativo, significa “creer”. Para la mentalidad hebrea, quien ofrece consistencia, resistencia, fidelidad, apoyo incondicional, solidez inquebrantable, hace se crea en él. De nuevo, la fe y la confianza se unen, pues solamente es creíble de verdad aquello que nos puede sostener sin temor alguno a que el fundamento nos falle.

En suma, si creemos en Dios y en Jesucristo, es porque nos ofrecen una garantía de apoyo tal que permite entregarles con alegría la confianza, el alma, el corazón. La respuesta típica y obligada a Dios, cuando se le conoce de veras, es la fe (DV 5). Por eso, la fe lleva consigo la pregunta acerca de cómo es Dios y por qué es fiable y confiable. La respuesta central se encuentra en el credo como profesión y confesión de la fe.

2. El origen del credo

2.1 Origen remoto

En la experiencia del pueblo de Israel, Dios se ha manifestado creíble, sobre todo, mediante su intervención en la historia. Por eso, uno de los “credos” más antiguos dice así: “Mi padre era un arameo errante: bajó a Egipto y residió allí con unos pocos hombres; allí se hizo un pueblo grande, fuerte y numeroso. Los egipcios nos maltrataron, nos humillaron y nos impusieron dura esclavitud. Gritamos al Señor, Dios de nuestros padres, y el Señor escuchó nuestra voz; vio nuestra miseria, nuestros trabajos, nuestra opresión. El Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte, con brazo extendido, con terribles portentos, con signos y prodigios, y nos trajo a este lugar y nos dio esta tierra, una tierra que mana leche y miel” (Dt 26, 5-9). La fe israelita bebe de la experiencia de la acción liberadora de Dios en la historia. Por su manera de tratar al pueblo en situación de esclavitud y por su fidelidad a la alianza, a

pesar del pecado del pueblo, Dios se manifiesta siempre como fiel. Se puede confiar en Él sin temor a quedar defraudados.

En el NT encontramos algunas fórmulas densas, de diverso tipo. Las aclamaciones funcionan, ante todo, como una expresión jubilosa y desbordante de una realidad conocida, pero que necesita proclamarse reiteradamente con gritos y cánticos. El contexto más cercano para entenderlo nos lo proporciona hoy el deporte: después de ganar una gran final, se grita obsesivamente “¡campeones!” por las calles. Algo que se sabe y que compete a la autoridad, al árbitro o a los organizadores proclamar públicamente. Sin embargo, la multitud enfebrecida necesita vitorearlo públicamente hasta la extenuación, diciéndolo así unos a otros y a los viandantes lo que parecía inaudito, exultando de dicha. Cuando un partido político gana unas elecciones, sucede algo similar. En el NT encontramos al menos la aclamación “marána thá”, ven señor. “Si alguien no ama al Señor (Kyrion), sea anatema. Marána thá” (1 Cor 16, 22; cf. 12,3). Según Hengel, se trata de la oración más antigua dirigida a Jesús que se nos ha conservado en todo el NT⁶. Resulta muy significativo que se nos haya conservado una expresión aramea, “marána thá”, en un escrito dirigido a cristianos de habla griega. Es un caso similar al de Abbà. Aquí se incluye una expresión de fe en el señorío de Jesús y en su venida.

También encontramos *fórmulas de fe* muy sencillas⁷, cercanas a la aclamación, como “Jesús es Señor” (cf. Rm 10,9; Flp 2,11; 1 Cor 12,3); “Jesús es el Cristo” (cf. Jn 1,41; 20,31; Hch 2,36; 18,5.28; 1Jn 2,22); “Jesús es el Hijo de Dios” (cf. Mc 1,1.11; 9,7; 15,39; Jn 20,31). La primitiva comunidad siente la necesidad de expresar lo que cree a través de formulaciones condensadas de la misma, en la que con un símbolo, una imagen o un concepto condensa el cogollo de su fe. Estas expresiones promueven la alegría y reconfortan, porque aquel en quien creen se muestra como digno de recibir la confianza de los cristianos. Junto con estas fórmulas muy densas y condensadas, se dan otras expresiones más elaboradas (por ejemplo, 1 Cor 15,3-5; 8,6; 12,4-6; 2 Cor 13,13), donde va apareciendo la articulación de la acción de Dios Padre con la del Señor Jesucristo, su Hijo, y el Espíritu Santo. La

⁶ M. HENGEL, *Studies in Early Christology*, T&T Clark, Edinburgh 1995, 152.

⁷ Cf. B. SESBOÛE – J. WOLINSKI, *Historia de los dogmas. I: El Dios de la salvación*, Salamanca, Secretariado Trinitario 1995, 64-68.

estructura trinitaria que articulará los credos más elaborados se va abriendo camino.

Además, en otro tipo de textos, más frecuentes en los *Hechos de los Apóstoles*, se nos da cuenta muy sumariamente de la vida de Jesús, a la vez que se interpreta su significado (cf. Hch 2,14-39; 3,12-26; 4,9-12; 5,29-32; 10,34-43; 13,16-41). Este aspecto resulta muy interesante para comprender bien el credo: se combina la narración de la historia de Jesús con la interpretación de la misma, que conduce a creer en él. Además, se emplea como instrumento misionero. Se parte de la base de que, si otros conocen y entienden la obra de Jesús (historia) y su identidad (confesión), también se abrirán a la fe en él. Lo que creemos, pues, no olvida la historia, lo que Dios hace. La raíz judía de la fe de nuestro padre, del arameo errante, no se ha perdido.

2.2 Origen más próximo: la “regla de fe”

El antecedente más próximo al credo actual es la “regla de fe”, algo que para nosotros no es tan fácil de captar. La define bien Yves Congar: “Los Padres antenicanos llaman “regla de fe” o (más frecuentemente) “regla de la verdad” a lo que los apóstoles han entregado, habiéndolo recibido de Jesucristo, y lo que la Iglesia transmite desde ellos, *en tanto que esto es normativo para la fe*. Brevemente, la doctrina cristiana...”⁸. Es una condensación dogmática de la doctrina cristiana, que se puede usar (y de hecho se usa) como criterio para valorar la ortodoxia de las distintas doctrinas (por ejemplo, heréticas) o para presentar un resumen de la doctrina cristiana (en la catequesis). En nuestra terminología, sería el equivalente a un compendio del catecismo y a un resumen explicativo del credo (antes de que existieran credos declarativos oficiales). La “regla de fe” hace referencia a una *norma* de fe para la comunidad⁹.

No nos es posible reconstruir de manera completa todos los diferentes pasos en el origen de la “regla de fe”. Sin embargo, sí cabe recomponer los jalones principales de su itinerario. En todo

⁸ Y. CONGAR, *La traditions. I: Essai historique*, Fayard, París 1960, 44. (Cursiva en el original).

⁹ Cf. J. RATZINGER, *Teoría de los principios teológicos*, Herder, Barcelona 2005 (orig. 1982), 15-29 (“¿Qué es hoy lo constitutivo de la fe cristiana?”).

grupo, y en la Iglesia también, se da la tendencia a producir un resumen autorizado en el que se exprese condensadamente sus puntos de vista o su doctrina. Ya en el mismo NT existen fórmulas en las que se resume la fe cristiana, como he indicado¹⁰. Más adelante, los diversos autores cristianos irán también, inspirados por el NT, reproduciendo fórmulas concentradas en la relación entre el Padre y el Hijo, y otras trimembres (Padre, Hijo y Espíritu Santo). Posiblemente, las segundas se deben a un contexto bautismal.

Todo indica que el contexto en el que surgió la “regla de fe” fue la catequesis. Es decir, un contexto bautismal, puesto que el sentido de la catequesis era la preparación para el bautismo. Es lógico pensar que en la catequesis se les proporcionara una síntesis de la doctrina cristiana. En cuanto a su desarrollo, como al del conjunto de la fe trinitaria, no puede subestimarse la importancia del mandato bautismal (Mt 28,19-20). Allí encontramos un resumen de la fe de la Iglesia vinculado al bautismo. Si bien este texto no se puede aislar del conjunto de fórmulas que encontramos en el conjunto del NT, la Iglesia primitiva encontró aquí un resumen de su fe bautismal y un punto constante de referencia y de meditación.

Se ha de distinguir la regla del credo. El credo supone una fijación terminológica. Las formulaciones de la regla que encontramos varían bastante, incluso dentro de un mismo autor. Evidentemente, se va dando una recurrencia de términos. Pero la regla viene a ser más bien un esquema fijo acerca de las principales verdades de la doctrina cristiana, que, dependiendo en parte de la situación, se puede exponer con mayor o menor amplitud o énfasis en puntos determinados. Ireneo mismo (+ca. 202) insiste en la diversidad de explicaciones de la fe que hace falta para los judíos y los griegos: “[Los apóstoles] proclamaban a los Judíos que aquel Jesús que ellos habían crucificado era el Hijo de Dios, el Juez de vivos y muertos, que había recibido del Padre su reinado eterno sobre Israel, como lo manifestamos, y anunciaban a los Griegos a un solo Dios, Creador de todas las cosas, y a su Hijo Jesucristo”¹¹. La regla de fe está establecida en la segunda mitad

¹⁰ Cf. H. SCHLIER, “Die Anfänge des christologischen Credo”, en B. WELTE (Hg.), *Zur Frühgeschichte der Christologie. Ihre biblischen Anfänge und die Lehrformel von Nikaia* [QD 51], Herder, Freiburg 1970, 13-58.

¹¹ IRENEO, *Adv. Haer.* III, 12,13; cf. *Adv. haer.* III, 5,3.

del siglo II. Hablan de ella posteriormente, con claridad, Ireneo¹², Clemente Alejandrino¹³, Tertuliano¹⁴, Orígenes¹⁵, Novaciano¹⁶.

El credo inicial consistía sobre todo en un credo interrogativo (cf. DH 4, 10, 28, 36), al que se respondía en el momento del bautismo, con tres preguntas: cada una de los posteriores artículos. Da la impresión de que en este interrogatorio bautismal el segundo artículo, el cristológico, no tenía el amplio desarrollo que después encontramos en los credos declarativos. El credo de tipo declarativo se fue desarrollando sobre todo a partir de la mitad del siglo IV para responder a los arrianos¹⁷.

3. Sentido del credo: objetivación y comunión

El sentido primordial del credo es doble: objetiva aquello en lo que creemos y, al objetivarlo, se convierte en medio privilegiado de expresión de la comunión en la fe.

En la Iglesia antigua, el credo se le llama "símbolo", y a su explicación, lógicamente, explicación del credo¹⁸. La palabra "símbolo" procede del griego. Se compone de syn-bállo. El verbo bállo significa "arrojar, lanzar, echar"¹⁹. La preposición syn significa básicamente "con". Por lo tanto, la idea matriz del símbolo es la de algo que se puede juntar. En la antigüedad, era costumbre partir en dos un plato de cerámica, o un objeto similar, y repartir cada parte, por ejemplo entre dos camaradas que habían hecho amistad en la guerra o en viajes. Cada parte servía de contraseña, por

¹² Adv. haer. III, 12,13; III, pr. ss.

¹³ Strom. IV, 1,3; I, 19,96.

¹⁴ Praesc. 13; 36; Prax. 2,30; Virg. 1.

¹⁵ HomJer. 5,14: "Hay otras doctrinas junto a la doctrina de la verdad, la doctrina de la Iglesia. [los que se dedican a la filosofía, los herejes] [...] Pero cuando participas de la comunión de la Iglesia conformándote con la regla de la Iglesia, con el espíritu de la sana doctrina...": De Princ. I, praef., 4.

¹⁶ De cibis judaïcis, 1, comparado con 7; Trin. 1,1; 9,46.

¹⁷ Cf. W. KINZIG – M. VINZENT, "Recent Research on the origin of the Creed": The Journal of Theological Studies 50 (1999) 535-559.

¹⁸ Cf. AMBROSIO DE MILÁN, *Explicación del símbolo. Los sacramentos. Los misterios*, Ciudad Nueva, Madrid 2005; RUFINO DE AQUILEYA, *Comentario al símbolo apostólico* (introducción, traducción y notas de P. CERVERA BARRANCO), Ciudad Nueva, Madrid 2001; AGUSTÍN, *De traditione et redditione symboli*, Sermo-nes 212-216: PL 21,335-386.

¹⁹ A.A.GARCÍA SANTOS, o.c.

así decirlo, para las generaciones futuras. Al presentar un desconocido una parte, llamada "símbolo", y demandar ayuda u hospitalidad o identificarse, se comprobaba si era posible juntar las partes (sybállo), volviendo a unir los pedazos del plato u objeto original.

Así pues, en este significado original el símbolo expresa la relación, la comunión. Al credo se le llamó antiguamente símbolo precisamente porque era el instrumento adecuado para mostrar la comunión, para expresar la fe común, la fe que nos une, que nos vincula a unos con otros delante del mismo Dios. Recitar conjuntamente el credo supone un ejercicio de comunión, de manifestación y confesión pública de la misma fe. En la antigüedad, algunos concilios y sínodos culminaban con la formulación de un símbolo para poner de relieve la comunión en la fe, superando las disensiones y desacuerdos que habían provocado el sínodo o concilio. También para subrayar que quien no recitara de corazón el símbolo se había situado fuera de la comunión de la fe de la Iglesia. Así sucedió con el primer gran símbolo de la Iglesia antigua, el de Nicea (año 325; DH 125). Los arrianos, que no creían que el Hijo fuera de la misma sustancia y el mismo rango divino que el Padre, sino una especie de intermedio entre un semi-dios y un super-hombre, no aceptaron el símbolo de Nicea, donde se dice: "El Hijo de Dios, engendrado unigénito del Padre, es decir, de la sustancia del Padre". Desde Nicea queda asentado que pertenece al cogollo de la fe cristiana sostener que el Hijo posee el mismo rango divino que el Padre.

La segunda función básica del credo o símbolo, inseparable de la primera, es la objetivación de la fe. Ya incluso en el NT se encuentran indicios de disputas sobre la fe y su contenido. ¿Hay que circuncidarse para ser cristiano y recibir la salvación del Cristo, la justificación? Pablo defenderá que no es preciso, y el llamado concilio de Jerusalén le dará la razón (cf. Hch 15). Otros ponían en duda la encarnación verdadera. La Primera Carta de Juan sentencia: "Al Espíritu de Dios lo reconoceréis en lo siguiente: todo espíritu que confiesa que Jesucristo vino en carne mortal procede de Dios; todo espíritu que no confieze a Jesús no procede de Dios, sino más bien del Anticristo" (1 Jn 4,2-3; cf. 2 Jn 1,7). Pablo desautorizó y disputó vivamente con los él llamó "pseudoapóstoles" (cf. 2 Cor 11,13), e irónicamente "superapóstoles" (2 Cor 11,5; 12,11) y "enemigos de la cruz de Cristo" (Flp 3,18).

Desde el comienzo surgen diversas interpretaciones sobre Jesús. Algunos opinan que es un seductor, embaucador, impostor (Jn 7,12.47; Mt 27,63), un blasfemo (cf. Jn 19,7; Mc 14,62 y par), que su poder para expulsar demonios procede de Belcebú (cf. Mc 3,22). La comunidad cristiana entiende, sin embargo, que es el Hijo de Dios. Por lo tanto, pertenece a la esencia de nuestra fe discernir la verdad acerca de Jesucristo y acerca de Dios. ¿Cuál es la interpretación correcta? No se puede mantener la opinión de que Jesucristo es un blasfemo y un impostor y que, a la vez, es el Hijo de Dios vivo que entrega su vida por nosotros y nuestra salvación. En el credo se fija y se objetiva lo que los cristianos creemos, de tal manera que entonces conocemos lo que creemos, se puede instruir en la fe a quienes se adhieren a la comunidad (catequesis) y se puede proponer la fe a otros (anuncio).

4. El contenido básico del credo

En su configuración actual ha influido una serie de disputas teológicas de gran relieve. Como para tratarlas habría que entrar en temas un tanto técnicos, dejo este aspecto de lado²⁰. Me fijo en los grandes temas que recoge el credo que más conocemos²¹, el “largo”, haciendo una cierta simplificación para poder sistematizar algunos elementos centrales, siguiendo la lógica de la historia de la salvación.

Según la fe cristiana, Dios es creador. Todo procede del único Dios todopoderoso. Ahora bien, el modo cristiano de entender la creación es algo complejo. Se atribuye una acción creadora primordial al Padre, “creador de cielo y tierra, de todo lo visible y lo invisible”. El Padre es la fuente original de todo, no originado por nada. El Padre realiza su obra mediante el Hijo, que es el mediador por antonomasia. Así, del Hijo se dice “por quien todo fue hecho” (cf. Jn 1,3). El Padre crea con el auxilio del Hijo. Aunque el credo no lo desarrolla, una interpretación muy extendida adjudica un papel al Espíritu Santo en la creación, entendiendo que

²⁰ Cf. J.N.D. KELLY, *Primitivos credos cristianos*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1980; B. SESBOÛÉ – J. WOLINSKI, *o.c.*

²¹ Más detalles en G. URÍBARRI (ed.), *El corazón de la fe. Breve explicación del credo*, Sal Terrae, Santander 2013.

el “espíritu” del que se habla en Gn 1,2 es el Espíritu Santo, activo también en la creación²².

Este Dios creador tiene un designio de salvación. Dicho designio original se realiza mediante el Hijo único, Jesucristo, nuestro Señor. Jesucristo nació del Padre antes de todos los siglos, ha sido engendrado del seno del Padre, de su ser y sustancia. Por eso posee el mismo ser, el mismo rango, la misma dignidad divina: “Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero”. No pertenece al ámbito de lo creado: “engendrado, no creado”, en contra de las opiniones de Arrio y sus seguidores, sino que es “consustancial al Padre”. La salvación acontece desde el designio de Dios, por la mediación del Hijo, con el auxilio del Espíritu Santo. El Hijo se encarnó “por nosotros y por nuestra salvación”. Se hizo uno de nosotros, naciendo de María Virgen, por medio de la actuación del Espíritu Santo. Por eso, Jesucristo es hombre como nosotros: nació verdaderamente de una mujer, frente a toda sospecha de que la encarnación y humanación no fue real (docetismo, gnosticismo, apolinarismo, monofisismo). Sin embargo, mantiene una peculiaridad, incluso en su humanidad: pues siendo Dios (contra el adopcionismo), primera singularidad, nació de María Virgen. Su nacimiento marca su diferencia con nosotros. En la creación de su humanidad se da una intervención superlativa del Espíritu Santo, haciéndola humanidad verdadera, pero singular²³. La salvación acontece gracias a la conjunción de su identidad (el Hijo eterno del Padre encarnado) con su vida terrena, su muerte y su resurrección (historia). Ahora está sentado a la derecha del Padre (cf. Sal 109 [110], 1). Nos ha abierto el camino para la plena comunión con Dios en la vida eterna.

El designio divino se consumará al final de los tiempos (escatología). Jesucristo “vendrá con gloria para juzgar a los vivos y a los muertos”, llevando la historia a su finalización. “Su reino no tendrá fin”. Mientras tanto, gracias al Espíritu, poseemos ya las arras y las primicias de la salvación (cf. Rm 8,23; 2 Cor 1,22; 5,5; Ef 1,14). El Espíritu es del mismo rango de ser que el Padre y el Hijo, pues procede directamente del Padre (cf. Jn 15,26). Por eso

²² Cf. IRENEO, *Adv. Haer.* IV, pr. 4; 20,1; V, 1,3; 5,1; 6,1; 28,4; *Dem.* 11.

²³ Más detalles en G. URÍBARRI, “La espiritualidad de Jesucristo: Fundamentación”, en J. GARCIA DE CASTRO – S. MADRIGAL (eds.), *Mil gracias derramando. Experiencia del Espíritu ayer y hoy*, U.P. Comillas, Madrid 2011, 493-510.

recibe “la misma adoración y gloria” (en contra de quienes negaban su divinidad). Ha estado activo en la creación, en la historia de Israel inspirando a los profetas, y lo está de un modo peculiar en la Iglesia. La Iglesia es el ámbito donde se reúnen los que han recibido la gracia de Jesucristo. Gracia que sigue creciendo y siguen recibiendo mediante los sacramentos, mediante los cuales, empezando por el bautismo, se perdonan los pecados y se crece en amistad con Dios. Así, el cristiano aguarda confiadamente la vida eterna y la resurrección de los muertos, porque sabe de quién se ha fiado.

5. Mirada retrospectiva

La fe cristiana no puede prescindir del credo, porque perdería la orientación: no sabríamos a ciencia cierta qué creemos. En las reuniones de cristianos, los límites de la pertenencia se desdibujarían. No es lo mismo creer en Jesucristo, el Señor de vivos y muertos, que en el equilibrio universal de las energías positivas y negativas. Sin embargo, el credo no es el único lenguaje de la fe. Se ha de conjugar armónicamente con otros registros, como son el himno, la aclamación, la doxología, la alabanza, la narración, el testimonio, la plegaria, el anuncio, la explicación teológica... El credo objetiva lo que creemos y expresa la fe común en términos concisos. En la catequesis antigua, uno de los momentos solemnes consistía en la entrega del credo (*redditio symboli*) a los catecúmenos. Ellos se comprometían a aprenderlo de memoria y hacerlo vida. En el proceso catecumenal no podía faltar la explicación del símbolo, al que se dedicaba bastante espacio. En el *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992) se ha conservado esta costumbre (nn. 26-1065, primera parte), junto con la explicación de los sacramentos y la liturgia cristiana (segunda parte), la vida en Cristo, que incluye los mandamientos (moral) y la explicación del “padre nuestro” y la oración cristiana (cuarta parte). No cabe duda de que el credo es fundamental. En definitiva, gracias al credo sabemos quién es Dios (identidad), pues se manifiesta a través de lo que hace (historia de salvación). En la conjunción de ambos elementos se muestra como alguien a quien merece la pena entregar el corazón y el alma con toda confianza. ¡Qué descubrimiento más maravilloso y que alegría más desbordante!